

El desconocido y malogrado pintor burgalés

José-María Muñoz Melgosa

BIOGRAFIA

Se puede asegurar que este malogrado pintor desconocido, y que hoy saco a la luz, es una rapsodia elegíaca.

Nació en Burgos, en el año 1897. Perteneció a familia hidalga y de rancio abolengo, por partida doble, ya que fue hijo de José-María Muñoz Jalón y de Joaquina Melgosa y Alvarez de Abreu. Cursó sus primeros estudios en la ciudad del Arlanzón, y el bachillerato y la abogacía, en el colegio de los Padres Jesuitas de Deusto, donde conoció al Santo Varón Hermano Gárate, con quien tuvo gran amistad. Fue un estudiante modelo en todos los órdenes. Sin embargo, sentía más afición por el arte que por la aridez del Código. De temperamento inquieto y movido, corría por sus venas sangre de pintor.

Siendo aún joven, se trasladó a Madrid con su familia, donde visitó Museos, Pinacotecas y Academias, dedicándose, desde entonces, de lleno al noble arte de la pintura.

Recorrió Italia y luego París. El ambiente frívolo de la capital francesa influyó enormemente en este joven de principios religiosos arraigados, pero su temperamento vehemente y las pasiones que bullían en su alma juvenil, pudieron más que los buenos consejos de sus piadosísimos padres y las prácticas religiosas aprendidas con los Jesuitas, llevando una vida bastante desordenada y mundana.

Estando veraneando en Elorrio, en el año 1918, al subir la carretera de Urquiola, cayó de la bicicleta; a consecuencia del golpe recibido fue sometido a una operación quirúrgica, extrayéndole un riñón. Los sufrimientos, un desengaño amoroso y una larga y penosa enfermedad, le hicieron dar un brusco viraje a su vida.

Los últimos años nos los va a relatar, con pluma magistral, su confesor, el Padre Leopoldo Gutiérrez Canales (1). «En pleno París, y no en barrio latino instalado, sino en romántico, sentimental, libertino y emocionante, vivía el eximio artista, relacionado con poetas, pintores, escritores, bohemios e inadaptados. La reunión nocturna, además de esta gama enraizada en el arte, se veía aumentada por bellezas; unas, mustias y deshojadas, y otras, lozanas, selectas, con los primeros aromas de la exuberante vida. Allí precisaba un micrófono que recibiera aquellas conversaciones tan raras y antagónicas y quedasen después impresas en discos, los que, emitidos, causarían en las masas del intelecto normal las más hondas impresiones y preocupaciones.

Antes, ya en la Corte, había vivido la vida preliminar a la parisién. Eso sí, a su familia guardó siempre sus más escogidos y dulces afectos. Esta era de prosapia rancia, y emparentada con la aristocracia; de esmerada educación, sentimientos religiosos acendrados, orden, laboriosidad y carencia absoluta de las inminentes y zahirientes corrientes modernas.

Este artista era aún de tipo sentimental, independiente, bohemio, de espíritu selecto y elevado hasta lo sublime, de exquisita y transparente conciencia, asomando a las veces fe vibrante, ígnea, arrolladora, que recuerda a los hombres grandes en abnegaciones y renunciamientos cristianos.

Luchó en las borrascas de la juventud, en el gran mundo y, en ocasiones, fue arrastrado por el huracán del capricho, en su febril imaginación de joven rebelde y soñador; pero, indefectiblemente, salían a su encuentro, en torrentes, avalanchas de viva fe y temor de Dios, aun en los momentos de tener en la mano la copa dorada del refinado líquido del placer.

Experimentó todas las más agudas y penetrantes emociones a que se puede aspirar en esta vida, y también en el triunfo rotundo de sus producciones pictóricas, entre calificados y bien seleccionados maestros en este arte.

Una gravísima y pertinaz enfermedad, hizo presa a este joven de que venimos ocupándonos. La admiración y el espanto que causó a familiares y amigos el modo y manera de soportar los agudos dolores, fue extraordinaria. Apenas se quejaba, ni daba cuenta a su solícita madre que, con ternura y entrañable amor, le cuidaba, como sus excelentes y buenas hermanas. Sólo al médico, y alguna vez, lo comunicaba, para que formase juicio en el diagnóstico. Enseguida de darse cuenta de su gravedad, espontáneamente pidió y recibió los Santos Sacramentos, con valentía, recogimiento,

(1) Impresiones y Memorias.—Albacete, 1951.

fervor y congojas, en que derramaba abundantes lágrimas, que tenía como de gran consuelo para su alma...

En una de las crisis de dolor, sufrió un síncope, pidió sacerdote y médico; ambos penetraron a un mismo tiempo en su estancia, y con la mano temblorosa, la voz entrecortada, frío y sudoroso, dirigiéndose al sacerdote, exclamó: «Usted, usted, mi alma, mi Dios, lo demás nada». Reaccionó lentamente. Sus mayores amores los cifraba en recibir la Sagrada Comunión con la más posible frecuencia, en hablar con el Padre confesor de pasajes bíblicos. Cada visita que le hace el Padre, tiene una característica peculiar: la expresión y pensamiento del enfermo. Un día le habla de que ya consiguió y se desprendió de los bienes terrenales; otro, de que tiene decidido propósito de emitir los tres votos que emiten los religiosos de vida contemplativa. Sólo pido al Señor, si me conviene, añadía, salud durante tres meses, para poder vestir el hábito de monje benedictino y, después, morir con esta austera mortaja. Sus conversaciones y recreos son hablar de Dios, sobre todo de la Santísima Eucaristía, y entretener las horas de dolor en imitar a Santos penitentes de vida áspera, cilicio y disciplina.

Uno de los días en que se hallaba un poco aliviado, analizaba la diferencia que existe entre la gloria terrena y la gloria eterna. Aquélla se conquista entre intrigas, envidias, zancadillas y malas artes... y en cuanto la hemos conquistado, se nos escapa de entre las manos para siempre. En cambio, la gloria que el Señor nos ofrece se consigue con todo lo más noble y elevado, con el sufrimiento y con el dolor resignado, y, conseguida, la conseguimos por toda una eternidad.

Era una tarde de calurosa canícula; el artista se agravó de modo extraordinario: abundante sudor, frío intenso, intermitencias y paradas de corazón, la cara descompuesta, la nariz afilada; todos los síntomas de acabarse la vida. La inteligencia aún se conservaba. Se le administraron los Santos Sacramentos. Los doctores inyectaban sin tasa tónicos cardiacos, sueros... A las cinco horas empezó la reacción, y a las veinticuatro horas, decía al P. confesor: «Padre mío, qué pena, tan bien preparado y dispuesto que me encontraba, con un poco de frío habría terminado mis días»... Y conmovido, agregaba: «Pero Nuestro Señor me perdonará esto que he dicho; quiere que expie más mis faltas; estoy reconocido a ello y aún contento con la enfermedad que me sirve aquí de tantos consuelos y después para unirme por siempre a Dios. No es hora aún, pues aquí estoy». Esto último ocurrió el día 3 de agosto de año 1933.

Todavía le quedaban dos largos años de atroces sufrimientos para expiar sus faltas. Falleció en Madrid a los 38 años de edad, el 27 de junio de 1935, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, después de once años de

cruel enfermedad. Murió como un gran cristiano y un excelente caballero».

De la lectura de esta breve biografía se deduce a primera vista la influencia que ejercen los principios religiosos asimilados en las primicias de la vida en la familia y en el colegio, ya que puede haber una etapa en que las pasiones le hacen desviar a uno del camino recto, pero a la postre termina venciendo el bien al mal.

ANTECEDENTES DE FAMILIA

Jalón.—El apellido de esta nobilísima e hidalga familia se debe a que uno de sus ascendientes conquistó el lugar de Jalón de Cameros, en Logroño, fundando solar y divisa. Hasta entonces había formado parte de uno de los trece linajes de Valdeosera. Algunos descendientes han ostentado y ostentan aun los títulos nobiliarios de Marqueses de Valdeosera, de Castrofuerte, Condes y Vizcondes de Castilfalé.

Uno de los miembros de esta familia, Pedro Jalón, pasó a residir a la villa de Palenzuela en 1540. Miguel se asentó en Burgos en 1588 y José Antonio de Jalón Gallo se estableció en Gumiel del Mercado en 1708.

Los descendientes entroncaron con las casas más ilustres, poseyeron gran número de mayorazgos, señoríos de villas y lugares y otros derechos de títulos nobiliarios. Muchos de ellos fueron regidores perpetuos de Burgos, pertenecieron a las órdenes militares, ocuparon altos cargos en puestos militares y civiles y sirvieron con lealtad a los reyes, recibiendo a trueque muchos privilegios. Al propio tiempo realizaron intensas y magníficas obras sociales, protegiendo a los enfermos y pobres, así como a las clases sociales más desamparadas por la fortuna.

Como señores del solar de Valdeoseras usaron todos los miembros de esta linajuda familia de Jalón el escudo de armas que a sus nobles ascendientes les otorgó Ramiro I, rey de León, y que es como sigue (2): «cuartelado por una cruz paté de oro; en el primer cuartel, en campo de sinople, dos castillos de oro surmontados por banderas de plata cargadas de cruz sencilla de gules; en el segundo, robe azur, dos medias lunas menguantes de plata, en palo, rodeadas de trece estrellas de oro; en el tercero y sobre campo de plata, león rampante de púrpura, coronado, linguado y armado de oro, y en el cuarto, sobre plata y terraza de sinople un árbol tejo, con rama rota de la que pende cadena de hierro que sujeta a oso de su color, pasante del tronco. Bordura general de oro con trece veneras de plata,

(2) Vide: Valentín Dávila Jalón «Historia y Nobiliario de Gumiel del Mercado, Sotillo de la Ribera y Ventosilla».—Madrid, 1928.

nervios de azur, cargadas de cruz de Santiago; alrededor del escudo, trece banderas azules cargadas con media luna menguante de plata. Por timbre, celada de oro, colocada casi de frente, unas veces con el coronil de oro — parecido a una corona ducal — que forma parte integrante del escudo del solar y otras sin él, y león naciente de púrpura, coronado, linguado y armado de oro, y de cuya boca sale a uno y otro lado cinta azul con letras de plata que dicen: «Ecce Beatificamus eos Qui Sustinuerunt».

Melgosa.—Una de las progenies más antiguas y que más brillo y esplendor dieron a la ciudad de Burgos fueron los Melgosa. Su origen se remonta por lo menos al siglo XII. Esta hidalga familia (3) tuvo su casa solariega en la villa de Salinas de Rosío, en el antiguo alfoz de Medina de Pomar, posteriormente en Cogollos, pasando más tarde a Burgos, donde tuvieron su morada en las proximidades de la puerta de San Juan, en lo que hoy es convento de San Bernardo.

El tronco de este noble linaje fue Pedro Melgosa. Sus sucesores ocuparon altos cargos en la corte de los reyes de Castilla, ingresaron en las distintas Ordenes de Caballería y ostentaron preciadas condecoraciones. Sucesivamente fueron enterrados en la capilla de San Andrés del convento de San Pablo, de Burgos, otorgándoles los monjes el patronato de dicha capilla, situada en la nave del Evangelio. En el año 1562 construyeron carnero y un suntuoso sepulcro en la capilla de Santiago de nuestra sin par catedral, habiendo sido enterrado en primer lugar Antonio de Melgosa y su mujer Teresa de Miranda, los fundadores.

Pedro Fernández de Cerezo de Torquemada y Teresa Melgosa fundaron en el siglo XVII el patronazgo de la capilla de Nuestra Señora de la Piedad del convento de los Padres Carmelitas, donando a la misma iglesia el magnífico retablo con la escultura de Gregorio Hernández. El escudo de armas de esta familia figura en el arco de esta capilla y que es como sigue: «Sobre fondo azur y monte del mismo color castillo natural con un león trepando por su muro diestro; banda de oro engolada con cabezas de dragantes de sinople; bordura de gules con ocho aspas de oro. Yelmo mirando a su diestra con león de medio cuerpo levantando sus garras en actitud airada, todo él de oro, así como su lengua; está rodeado el escudo de lambrequines».

EL PINTOR

Como pintor aristócrata, Jesé María Muñoz Melgosa, se orienta hacia la tradición, se complace en el retrato y en seductores desnudos, cultiva

(3) Vide: Ismael García Rámila «Claros linajes burgaleses. los Melgosa». — Boletín de la Institución Fernán González. Año XXII.

los elementos hedonistas embellecedores y aborda los temas mitológicos. Celajes, vegetaciones arbitrarias y una fuerte vibración emotiva de la Naturaleza con magníficas armonías azules y verdes sirven de fondo a sus desnudos académicamente estudiados y hábilmente tratados. Sus admirables retratos señoriales están ataviados con suntuosos trajes, pudiéndose afirmar que todos ellos son halagadores e incluso majestuosos. Este género es lo mejor de su no muy abundante producción pictórica.

Todos sus cuadros son equilibrados, armónicos, sugerentes, lo mismo en la luz que en el colorido. La alada gracia del dibujo impecable, los ingeniosos escorzos, el porte armonioso y sonriente llegan a una perfección insuperable. El fogoso temperamento y la vena profundamente realista estuvieron al servicio de un espíritu desatadamente romántico; fantástico en la ideación simbólica y de un realismo exacerbado en la interpretación.

En sus pinceladas finas, pero densas, seguras, resume todo un complejo de sensaciones lumínicas de la visión objetiva con un verismo sobrecogedor. Sus entonaciones cromáticas son suaves, dulces, delicadas, finas, con leves reflejos y transparencias; gamas claras, plateadas y grises sutilísimos alternan a veces con colores más fuertes y vivos. El color, la plasticidad de los objetos y la inteligencia del artista lo son todo.

Fue pintor de grandes dotes, aunque se malogró prematuramente; no tuvo gran resonancia, pero indiscutiblemente su mérito fue relevante. No perteneció a ninguna escuela, ni tampoco siguió a maestro determinado. Fue autodidáctico, formándose en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y en los distintos museos madrileños, en especial en el del Prado, así como en los de Roma y en el Louvre de París. Se descubrió a sí mismo; encontrando aquéllos motivos de inspiración acordes con su temperamento, dando pruebas desde sus años juveniles de una garrida decisión y de una agilidad artística encomiable, manifestándose muy pronto su vocación de pintor. Sus reiteradas visitas al Prado influyeron poderosamente en su comprensión del sentido de responsabilidad del artista. Completó su formación en París.

A diferencia de la mayor parte de los pintores, que nacidos de familias modestas tuvieron que atravesar duras etapas de trabajos y penalidades, Muñoz Melgosa era de familia acaudalada, pudiendo de esta manera entregarse de lleno a su ocupación favorita, sin caer en el industrialismo.

En nuestro pintor burgalés no existe el contraste entre el simbolismo y el realismo que se presenta en otros artistas de su época. La falta de sensualidad, de visión, que en la interpretación artística idealista conduce fácilmente a la vacuidad, le parecía no menos fatal que la falta de fantasía auténtica, en la que le repugnaba el realismo vulgar y servil, pues tuvo muy en cuenta el principio pictórico de que no «existe pintura clasicista».

que no posea cierto contacto con el realismo y se haya nutrido de él, y, que el romanticismo diletantista trabaja en sus comienzos con elementos aportados de la visión real». Junto al clasicismo de sus retratos palpita el realismo, y todos ellos están impregnados de ese matiz psicológico que hace que sus personajes hablen, piensen y sientan.

En una palabra, todo su agudo talento para la caracterización y sutileza de la expresión fisonómica aparece siempre destacado sobre el conjunto de luz y superficies, sombras y colores, llegando a apurar sus trabajos hasta lograr la perfección en todos los sentidos.

EXPOSICIONES

La primera vez que expuso sus cuadros al público fue el 11 de febrero de 1917, en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, en el Palace Hotel de Madrid. Solamente exhibió dos cuadros. He aquí lo que entre otras cosas escribía Francisco Alcántara en el diario madrileño *El Imparcial* de la mencionada fecha: «... Comencemos por una interesante novedad de las que caen pocas. Tal es la pintura de Muñoz Melgosa. Trae dos cuadros, uno de varias figuras, hombres y mujeres, sentados en torno de una mesa. Escena de figón, gentes trabajadoras del pueblo vasco, que beborrotean y charlan. Otro, de una sola figura, de pie. Un tío alto, cenceño, duro, un andariego, un capataz, un casero de las inmediaciones de Cenarruza; un vasco típico de los que en carreteras y vericuetos sorprenden al excursionista extraño al país con la acumulación de todos los rasgos de la raza más agria, altiva e indómita que en el mundo europeo recuerda las primitivas razas rebeldes a todo yugo. Visión amplia, notación seca, valiente, grisácea, aunque cálida, y vida palpitante en todas las figuras, son los caracteres más salientes de este pintor. Todo esto muy en agraz, aunque muy interesante, constituye una grata promesa, que con el trabajo puede ser realidad Muñoz Melgosa ... ».

A finales de 1931, expuso por primera vez en el barrio de la Magdalena, de París, Rue de la Tour, 14, doce cuadros, con gran éxito. Daremos a conocer algunas impresiones de la Prensa española de aquella época: «El joven pintor español, José Muñoz Melgosa, ha efectuado su primera exposición de pinturas en París, con un debut brillantísimo. Sus cuadros *Jardín*, *Ronda*, *Maternidad*, *Joven muchacha* y algunos retratos, aunque tienden a la gran decoración, no son solamente ornamentales, sino simbólicos. Reproduce paisajes andaluces y figuras de avanzada modernidad, pasiones humanas y estilizaciones de profunda inspiración.

Toda la crítica parisiense se muestra conforme en proclamar que

Muñoz Melgosa es un pintor admirable, que ha comenzado a ponerse en pie firme sobre el pedestal del éxito. De todo ello, por tratarse de un compatriota muy conocido en la alta sociedad madrileña, nos alegramos y felicitamos al notable artista».

El crítico francés de arte Gustave Kahn, escribía lo siguiente: «Un joven pintor español, José Muñoz Melgosa, retratista hábil, cultiva la alta decoración, no puramente ornamental, sino más bien simbólica. En los tiempos actuales es ser audaz y a contrapelo de la moda, es decir, en el verdadero camino del arte, el intentar pintar las ideas. Es preciso dar forma plástica a estos símbolos. Los elementos integrantes del arte abstracto, son la línea y la expresión de las figuras, pues nada diría la composición, si ésta fuera árida; por el contrario, debe ser nerviosa y dramática, y que el gesto proporcione acento pasional e ideas.

De entre los varios cuadros de Muñoz Melgosa, el que más refleja su temperamento y se acomoda exactamente a las exigencias de su tema es *El canto de amor en Ronda*. En el cuadro *La Ofrenda*, un hombre ofrece al amor, representado por una mujer jadeante y en éxtasis. En otro lienzo, exhibe máscaras y andanzas de alegría y dolor. Los cuadros que expuso fueron los siguientes: a) *Composiciones: Jardín Eterno, Ronda, Ofrenda, Sueño, Maternidad, El vagabundo*. b) *Retratos: Señorita Randabaca, S. B., Inglesita, Joven, Srta. M.*, el escritor *Amadée Guillaume*.

Junto a las obras idealistas, plásticamente logradas, Muñoz Melgosa presenta retratos que tiene cuidado de contrastar con el realismo y con su fidelidad a la étnica del modelo. Destacan una inglesa rubia y una robusta y hermosa vasca. José María Muñoz Melgosa, famoso ya en España, alcanza en París, en su primera exposición, un debut brillante».

El 1.º de diciembre de 1932, expuso en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, varios de sus cuadros (composiciones y retratos). Toda la prensa madrileña y los críticos de arte, se hicieron eco de este acontecimiento artístico. He aquí lo que escribió el Secretario Perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, D. José Francés, en la revista «Nuevo Mundo», del 6 de enero de 1933: «...Hemos visto por primera vez obras de un pintor excelente. Se llama José María Muñoz Melgosa, y ha permanecido largos años alejado de Madrid y, con muy legítimo desdén, apartado por igual de los feriales de medallas y de las tertulias intrigantes, donde se fraguan los éxitos ficticios de los arrivistas.

Nos parece, pues, un artista serio, responsable y sin concomitancias ni pasado en carne viva. Es de la clase de pintores ingrátidos, sobrios, francos, analistas; de los que se bastan a sí mismos y no sienten la gregaria impaciencia de sumarse a los desfiles turbulentos con rótulo cambiable. Muñoz Melgosa —precisamente por sus cualidades primigenias y su edu-



1.—Retrato del padre del pintor. 2.—Retrato de joven aristócrata. 3.—Retrato del pintor. 4.—Maternidad. 5.—Cimón e Ifigenia

cación profesional reiterada— no será siempre comprendido en la integridad estética y sensitiva que merece. Parecerá desvaído, como desganado de forma y de color, a los que amen la cocida fuerte, picante y peguntosa de la ranciedad española, o les gusten los equilibrios y dislocaciones circenses de la gran farsantería internacional. Pero Muñoz Melgosa es todo lo contrario de un desvaído y de un desganado artístico. Está henchido, saturado de ímpetu creador, de afán de transmisión emotiva. Lo que sucede es que tiene del arte un concepto elevado y *señor*. Su realismo constructivo está controlado por una distinción, por un buen gusto, por una sutilísima aristarquía temperamental. Concibe los temas y ve las figuras con una espontánea y graciosa serenidad de gentes y ritmos. Pocas veces el manoseado tópico de pintura decorativa puede y debe emplearse con mejor exactitud y más legítimo elogio que en el caso de Muñoz Melgosa. Jamás se le descubre una torpeza grosera o tosca de línea. Ni un mal acorde tonal. Está siempre ejerciendo una vigilancia del intelecto y del sentimiento sobre el impulso visual. Aroma de clasicismo vaga por los fondos de sus composiciones, fraternidad con los maestros del buen ayer alcornia sus figuras y, no obstante, es bien de hoy y es *bien él*. Bastará el bellísimo, el por muchos conceptos admirable lienzo *Maternidad*, para demostrarlo así y para fijar de manera indubitable que en la nueva constelación de los pintores modernos, verdaderamente independientes y responsables de sus actos, ha surgido un fulgor nuevo».

En la revista mensual ilustrada titulada «Gaceta de Bellas Artes», el también crítico de arte, Estévez-Ortega, escribía lo que sigue: «Junto a la magnífica obra, espléndida y suntuosa, de Segrelles, un buen pintor de retratos, José María Muñoz Melgosa, exponía unos cuantos lienzos que atraían la mirada de la generalidad espectadora, con curiosidad y atención. Tanto sus retratos como sus composiciones tienen una nota de buen gusto, de delicadeza y atención. Independientemente de las figuras, trazadas con gran brío constructivo y un ímpetu de buen dibujante y de buen colorista; caracteriza la obra de Muñoz Melgosa, sus fondos, altamente decorativos, y su aspecto de tapiz, que le prestan una indudable originalidad. Gusta el Sr. Melgosa de temas gratos y amables, como en *Amor maternal*, en *Amor descendiendo a Venus*, en *Cimón e Ifigenia*, o retratos de modelos elegantes, con bien cortados atavíos y testas de interés. Figuras siempre amables y motivos galantes y decorativos; pintura agradable, que dice de un espíritu cultivado y feliz, al cual los asuntos trágicos o simplemente anecdóticos o de ambiente, no le seducen. Los retratos de *Mill. Solange*, o de la *Señorita P. M.*, o el retrato de su hermana, violento y atrevido, con aquel rojo vivo admirablemente sentido, muestran una capacidad reiterada e indudable».

En el diario «Luz», de Madrid, del 13 de diciembre, se leía: «A nos-

otros nos parece que el pintor Sr. Melgosa propende con exceso a la dulzura galante, al influjo del traje elegante, de la mujer bien vestida y bien desnuda; pero nos parece que, con todo, hay en él no pocos tantos a su favor, en la región de lo grato, lo galante, la composición, el color, el amable *atrezzo*. Nosotros creemos que en un momento como este, donde han tenido fama mundial y monografías en su honor pintores como, por ejemplo, Ama Jean o La Gándara, o Gaston Latouche, puede Melgosa reclamar los elogios más rotundos. Pero siempre a condición de que no nos digan mañana, ante obras de arte de profunda seriedad, que son obra de mal gusto, o raras, o repugantes, por no venir a nosotros perfumadas, ungüentadas, tentadoras, vestidas con terciopelos o rasos; o desnudas con rebozo de natas y elixires».

Comentando esta exposición, «El Socialista» del día 14 del mismo mes, escribía: «Ante estos retratos y estos desnudos que expone ahora José María Muñoz Melgosa, en el Círculo de Bellas Artes, he pensado en Reynolds, el gran pintor de Plympton, y, como es natural, en sus retratos y en varias de sus composiciones. Concretamente, y en lo que se refiere a éstas, pensé en *Amor maternal*, en *El amor descifando a Venus* y en *Cimón e Ifigenia*... Lo cual no se dice con ánimo de recortar los méritos de Muñoz Melgosa, sino meramente para ir definiendo su arte, que es más lírico a fuerza de aclarar los fondos, haciéndoles sonreír, al mismo tiempo que exaltan los valores de las figuras, merced a un sacrificio de concreciones y detalles que Reynolds no consintió en ninguna de sus obras, y arte que, en general, da tonalidades más frescas y más risueñas, sustrayendo densidad a la atmósfera. Los retratos de *Mlle. Solange* y de la *Señorita P. M.* son, sobre todo, muy sugestivos. El del poeta *Guillaume* tiene magníficas expresiones. *Safo* y *La fuente*, de gratos y poéticos acentos, son, acaso, los cuadros más completos de todos los que expone en esta ocasión su autor. Y *Maternidad* pudo ser el mejor de todos, sino tuviese inexplicables errores; si se pudiera encontrar la parte del torso de la figura de la madre, que ha hecho desaparecer el pintor de modo inconcebible».

En el periódico «Ahora», de 17 de diciembre, se leía lo siguiente: «Muñoz Melgosa expone unos lienzos de carácter ornamental, amplios de concepto y muy elegantes de factura. Buen gusto, distinción, riqueza cromática, pericia técnica. En la armonía de tonalidades pálidas, sobre todo, revela Melgosa singular maestría».

En el mismo día, y en las columnas del diario madrileño «El Sol», se leía: «Anoche quedó clausurada la exposición, realmente notable, de José María Muñoz Melgosa, que ha llevado al Palacio de Bellas Artes a la mejor sociedad de Madrid y a los artistas, críticos y concedores de más crédito. Conviene todos en que Muñoz Melgosa es uno de los artistas de más

vigorosa personalidad de cuantos ocupan hoy los primeros puestos».

Como se acaba de ver por los textos transcritos, la crítica fue totalmente favorable a nuestro pintor. ¿Creía el artista, ante los laureles conquistados, que esta sería su última exposición? Lo dudo. Mas la Parca, implacable, segó de tajo y en plena juventud la existencia de un gran genio, que pudo haber llegado a ser un artista excepcional, y si no lo consiguió fue debido a que Dios quiso llevárselo a su reino, sin estar aún en la tierra el fruto en sazón, pero sí su espíritu.

BASILIO OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN